

V

Los hijos de Dios y la Aristocracia

En los versículos 8 y 9 del capítulo 32 del Deuteronomio se dice:

*“Cuando el Altísimo repartió las naciones,
cuando distribuyó a los hijos de Adán,
fijó las fronteras de los pueblos,
según el número de los hijos de Dios;
mas la porción de Yahvé fue su pueblo,
Jacob su parte de heredad”.*

Eso nos comunica el texto griego más antiguo. Pero no es casual que en el hebreo y en la Vulgata, en lugar de *según el número de los hijos de Dios*, se dice *según el número de los hijos de Israel*, porque es lo mismo. Como ya sabemos, el nombre más antiguo de Israel es Ariel. Consecuentemente, podríamos decir: *según el número de los hijos de Ariel (Yahvé)*.

Pero ¿quiénes son los hijos de Dios, destinados gobernar los pueblos?

En el Salmo 89, en los versículos 6 y 7, los hijos de Dios figuran como **santos**:

*“Los cielos celebrarán tus maravillas, Yahvé
Tu lealtad en la asamblea de los santos.
Pues ¿quién en las nubes se compara a Yahvé,
Quién se le iguala entre los hijos de los dioses?”*

Y ¿quiénes son, entonces, los santos? Sin duda, los santos son los que rigurosamente cumplen los mandamientos de Dios, (es decir, la ley moral), establecidos como los cimientos de la vida; los que intrépidamente combaten el mal; los que nunca mienten; los que no dejan sin ayuda a los huérfanos y a las viudas; los que en el juicio siempre defienden la verdad y no buscan el provecho; los que se sienten responsables por el prójimo y entienden la unidad de todos los hombres en Dios. Dicho de otra manera, son **los nobles de espíritu**, o aquellos a quienes en la Antigüedad llamaban **arios valientes**. Sólo ellos están predestinados a gobernar a los pueblos. **Así que el concepto ario no se refiere a alguna raza terrenal, sino al espíritu noble. De ahí que la raíz de la palabra ario es espíritu, el espíritu que es Dios.**

Los arios eran los habitantes del paraíso. Eran inmortales, como su Padre. Después de su expulsión del paraíso dejaron de ser inmortales y se igualaron a los mortales, porque en la vida de ellos entró la muerte. Desde ese punto de vista, me parece interesante el siguiente fragmento del Génesis que se considera oscuro y ha causado numerosas interpretaciones poco convincentes:

“Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres les venían bien, y tomaron por mujeres a las que preferían de entre todas ellas. Entonces dijo Yahvé: “No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne; que sus días sean ciento veinte años”. Los nefilim existían en la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos: éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos. Viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Yahvé de haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón” (Gen 6, 1-6)

De aquí se ve que los hijos de Dios que provocaron Su ira, eran los gobernantes de los pueblos, es decir, sus antecesores. Fueron creados para ser inmortales, pero

perdieron su inmortalidad, ya que Dios decidió limitar sus vidas a ciento veinte años. La causa de tal castigo estaba en sus casamientos con las hijas de los mortales, - el hecho que, a mi juicio, simbolizaba la elevación de los principios carnales, o físicos, en detrimento del Espíritu Divino. Es por eso que el Señor dijo: *“No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne”*. Pero sin el Espíritu Viviente, el hombre muere.

Los antiguos indoeuropeos distinguían dos tipos contrarios de los hombres: *celestiales*, o nacidos en el Cielo, y *mortales* o nacidos en la tierra. Ambos tenían sus nombres especiales.

En la base lingüística de la palabra que nombraba **a los mortales**, estaba la raíz *mr*. De aquí el verbo hitito *mer* (*morir*). Al hombre mortal los hititas lo llamaban *mrtó-*, *mórto*; en sánscrito la raíz sonaba como *márta* o *martya* (del verbo *mrtá*); en persa antiguo – como *martita*; en persa actual *mard* (del verbo *muro*); en armenio – *mard* (del verbo *mernel*); en griego - *μορτος* o *βροτυς*; en latino – *mors*, *mortis*; en lituano – *mirtis*, en ruso *smerd*, etcétera.

En lo que se refiere **al hombre celestial**, la raíz de su nombre como tal se conservó en la lengua hitita antigua y es *g'hmon*. El sonido *g'* es un sonido que algunos pueblos pronuncian como *l* o como *r*, es decir, la palabra se deriva del *lhmon-rhmon -ahr-mon* o *el hombre celestial o ario*. La misma procedencia seguramente tiene *homo* (de *húmus*, es decir, *tierra*) en latín, que, seguramente, era la palabra paralela a *vir*, es decir, *ario*. Pero el sentido elevado de esta raíz se conservó en el nombre del dios egipcio *Hammon* (o *Ammon*), también en *amo* (*señor*) en español. Seguramente, el *air* armenio y el *chelovek* ruso tienen la misma significación. A ese último, según mi juicio, se puede interpretar como *el jefe de la vida* o *el jefe viviente*, es decir, *inmortal*, porque *chelo* en ruso es *la cabeza, el frente*, y *vek* es *vida, tiempo, siglo, eternidad*.

Así, a los Hijos de Dios los llamaban *hombres celestiales*, porque a ellos fue entregado el poder sobre los pueblos. Cristo refería a ese mismo hombre celestial, cuando dijo: *“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo (de lo alto) no puede ver el Reino de Dios”* (Jn 3, 3).

Entonces, el hombre tiene Vida cuando es dirigido por el Espíritu que creó el mundo en la base de la ley moral. Para que la creación funcione en todo su esplendor y hermosura, los gobernantes de los pueblos tienen que tener este Espíritu Viviente o, en otras palabras, ser Hijos de Dios, es decir, *Arios*, que en la Biblia se llaman también *dioses*. He aquí como se revela esto en el Salmo 82:

*“Dios se alza en la asamblea divina,
Para juzgar en medio de los dioses:
“¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente
y haréis acepción de los malvados?
Defended al débil y al huérfano,
Haced justicia al humilde y al pobre;
Liberad al débil y al indigente,
Arrancadle de la mano del malvado”*”.

Pero los dioses, es decir, los Hijos de Dios, apagaron en sí mismos el brillo del Espíritu de su Padre y lo entorpecieron por sus aspiraciones carnales. Ya no son Hijos de Dios, sino usurpadores del poder; no entienden que hacen temblar los cimientos de la tierra y de la creación, los cimientos que representan la ley moral del amor. Por eso el profeta continúa:

*“No saben ni entienden, caminan a oscuras,
Vacilan los cimientos de la tierra”*.

El resultado de tal conducta es la muerte, y no por el castigo de Dios, sino porque el hombre mismo echa al Espíritu Divino del cuerpo, dejándolo sólo y así lo lleva a la descomposición. Así sin cansar advierte Dios por el mismo salmo:

*“Yo había dicho: “Vosotros sois dioses,
Todos vosotros, hijos del Altísimo”
Pero ahora moriréis como el hombre,
Caeréis como un príncipe cualquiera”*”.

Directamente a esa declaración de Dios sobre la divinidad de sus hijos se refiere el diálogo de Cristo con los judíos (Jn 10, 31-38):

“Los judíos trajeron otra vez piedras para apedrearle. Jesús les dijo: “Muchas obras buenas de parte del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrear-me?” Le respondieron los judíos: “No queremos apedrear-te por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios”. Jesús les respondió: “¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra de Dios – y no puede fallar la Escritura – a aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: Yo soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre”.

Así, pues, Dios llama dioses a sus hijos o su pueblo, a saber: a aquellos que cumplen Su Ley de Amor que está en la base de la creación, haciendo muchas *obras buenas*, y no a un pueblo definido en su sentido terrenal. Una vez más eso se puede ver por las comparaciones que presentaré abajo.

En el fragmento citado al principio de este capítulo, donde se dice que Dios fijó las fronteras de los pueblos, según el número de Sus hijos, prestemos atención a las últimas dos líneas. Aquí, como si respondiendo a la pregunta por que Dios repartió la tierra, según el número de Sus Hijos, se dice:

*“mas la porción de Yahvé fue su pueblo,
Jacob su parte de heredad”.*

No se puede entender literalmente estas palabras. Cuando dice que la porción de Yahvé es Su pueblo, se refiere a Sus Hijos o a los gobernantes, es decir, a los arios, quienes por el cumplimiento de la Ley Divina tienen derecho llamarse *pueblo de Yahvé*. Son poseedores del Espíritu de Dios y por eso son *Su parte*, es decir forman parte de Su cuerpo místico, de aquel cuerpo del cual dijo el apóstol: *“Pues somos miembros de Su cuerpo”* (Ef 5, 30), refiriéndose, por supuesto, a los verdaderos cristianos que aspiran la perfección espiritual, y no a los que sólo se llaman así, sin saber nada de las exigencias del Espíritu.

En cuanto al dicho *“Jacob su parte de heredad,”* es un símbolo. Para aclararlo es preciso recordar las palabras de Esdras, citadas en el primer capítulo de esta obra:

“... pues el fin de este siglo es Esaú y el comienzo del siguiente es Jacob. La mano del hombre entre el calcañar y la man” (IV libro de Esdras, cap.6, vv. 8-10).

Eso muestra que Jacob es una imagen espiritual que simboliza el venidero Reino de Dios con el reestablecimiento del Espíritu Divino en sus Hijos. El lleva el signo de Cristo que representa la encarnación de Dios. Por eso Jacob es también el Hombre perfecto o Ario.

El profeta se refiere a esta venidera recuperación de la imagen Divina en hombre, cuando invoca en el salmo 82 (8):

*“¡Alzate, oh Dios, juzga a la tierra,
pues tú eres el señor de las naciones!”*

A la luz de todo lo dicho se puede concluir que **los Arios son aquellos hombres en los cuales está plenamente reflejada la imagen Divina**. Sobre ellos, como sobre el Atlas mítico se sostiene la Creación. Cuando haya establecido el Reino de Dios, establecerá también la gobernación justa de los Hijos de Dios o de los nobles de espíritu, es decir, la *Aristocracia*.

Ya desde los tiempos más remotos el sentido de esa palabra fue tergiversado y atribuido a cualquier gobernador, sin tener en cuenta su estado espiritual, y también a los ricachones, que pusieron la razón de su vida en la ganancia de los bienes terrenales. Es decir, la palabra fue usurpada por las personas completamente ajenas a su verdadero sentido, y se convirtió en el portador de la soberbia y de las ambiciones. Y aunque a muchos les parezcan absurdas las nociones espirituales que no llevan a la adquisición de ningún tesoro terrenal, estas representan el verdadero fundamento de la Creación y son indestructibles, como el Espíritu Mismo de Dios. Las personas que las siguen, son valientes, porque despreciando la muerte, prefieren la Ley moral puesta en los

cimientos de la vida a todo tipo de beneficios terrenales. Son portadores de estas nociones, representan la conciencia del tiempo y, aunque sean pocos, sostienen todavía la tierra. Pero cuando estas nociones o el espíritu ario se hayan desaparecido, entonces vendrá una catástrofe mundial o, incluso, también cósmica que acabará con este mundo.

Sin embargo cualquier persona de buena voluntad podría convertirse en aria, si tuviera suficiente amor hacia su Padre Celestial, para poder comprender los principios de la Creación e integrarse en su mecanismo, colaborando con Dios en Sus obras de bien. Como lo hizo Jacob, que luchó para obtener la bendición de Dios, luchó con insistencia sin dar un paso atrás, y por eso le fue concedido el nombre del hijo valiente de Dios, es decir, el nombre de *Ariel* o *Israel*. He aquí el relato bíblico:

“Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: “Suéltame, que ha rayado el alba.” Jacob respondió: “No te suelto hasta que no me hayas bendecido.” Dijo el otro: “¿Cuál es tu nombre?” – “Jacob”- “En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido”. (Gén 33,25-29)

Ya esa fuerza y perseverancia eran el signo de su nacimiento *de arriba, o celestial*. Lo que el nombre *Israel* significa *Ario*, es decir, noble, y no se refiere a un pueblo de carne y huesos, se ve también en la conversación de Dios con Esdras, donde Dios dice:

“Israel es la herencia. Por ellos hice Yo el mundo, y cuando Adán transgredió mis preceptos, fue juzgado lo que fue hecho” (IV Esd 7, 10-11).

Se sabe que Adán era el primer hombre, creado antes de las naciones y antes del mismo pueblo terrenal de Israel, y su herencia era el paraíso, es decir, la *Aria*. En otras palabras, el nombre *Israel* fue usado aquí en su sentido espiritual y no terrenal.

Lo que el Reino de Dios no hereda ni carne, ni sangre, sino el espíritu noble, una vez más confirman las palabras del apóstol:

Os digo esto, hermanos: La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios, ni la corrupción heredar la incorrupción” (Gal 15, 50)

Pero ¿cuáles son los principios o los cimientos morales de la Creación?

Se cree que las normas morales cambian según la época y hoy no pueden ser iguales con las que tenían valor ayer. Pero ¿qué es lo que ha cambiado en la naturaleza humana? Nada. Lo que sí, cambió, es el régimen político y las condiciones materiales de la vida de la humanidad. La naturaleza humana sigue siendo la misma y las normas morales no son nada más que la ley de la vida del ser humano, establecida por el Creador. Cualquier mecánico, al crear un aparato, explica las condiciones de su funcionamiento, fuera de las cuales el aparato se rompe y deja de existir. Asimismo tampoco nosotros podemos existir fuera de las normas de la vida, preestablecidas para nosotros. En el caso contrario, caemos paulatinamente hasta dejar de existir. Veamos ahora por qué las leyes morales nunca cambian, y cualquier cambio de ellas nos lleva hacia la destrucción y la muerte.